

LAS NECESIDADES DE NUESTRAS GENTES

En nuestro continente, desde los países más pobres y con un menor desarrollo social y económico hasta los más desarrollados y prósperos, los retos más perentorios convergen en dos áreas fundamentales: educación y salud. Si bien muchos relacionan la calidad alcanzada en ambas áreas con el PIB y otros indicadores económicos del respectivo país, no son éstos sino aquellas las que resultan determinantes en su desarrollo.

Sin un adecuado desarrollo del sector salud, comprendida ésta en un sentido integral, incluyente de la atención primaria y especializada, preventiva y curativa, así como de la seguridad social de la población y, en general, la preservación del ambiente y la calidad de vida de los ciudadanos, no es posible hablar de una sociedad desarrollada. No obstante, resulta obvio que algunos países considerados como de un alto nivel de desarrollo no cuentan con una sociedad desarrollada en este sentido.

El nivel de desarrollo de un país se relaciona estrechamente con su capacidad productiva, sea de bienes tangibles y riqueza o de valores culturales y morales, y ello depende íntimamente de la formación del individuo, tanto humanística como científica y técnica. Mientras mayor sea el número de personas incluidas en el proceso educativo y mejor sea la calidad de esa educación, mayor será y más perdurará la capacidad productiva y de bienestar social y personal de una sociedad.

Los recursos naturales pueden representar un camino para lograr bienestar, pero ello requiere de su explotación inteligente, para lo que hay que formar los recursos humanos necesarios. Si los administradores del rendimiento de esos recursos, que son los gobiernos, no logran establecer niveles adecuados de educación y salud para sus pueblos, a largo plazo el recurso y los beneficios obtenidos se esfuman y poco o nada queda de ellos para el bienestar de generaciones futuras.

La industria armamentista, por ejemplo, puede constituir fuente de trabajo e inversión productiva, pero no son las ar-

mas y la capacidad bélica las que determinan el bienestar de los pueblos. Por el contrario, ellas nutren las estadísticas de lisiados y fallecidos. El nivel educativo y de salud y bienestar del pueblo jamás mejoran con la guerra.

En ambos frentes, el educativo y el de salud, resulta crucial contar con la posibilidad de formar adecuadamente a las generaciones en edad escolar en materias científicas. A su vez, el cultivo de la ciencia y la investigación requiere de una masa crítica de personal adecuadamente formado. No se trata de que el establecimiento científico aporte las soluciones a los problemas de un país. Se trata de que el conjunto de la sociedad sea capaz de absorber e implementar los avances tecnológicos y poder decidir autónomamente los caminos y las maneras de proceder, en lugar de optar por la contratación de servicios y adquisición de bienes sin la imprescindible capacidad de análisis de las opciones existentes en un mercado globalizado por demás complejo y competitivo.

Todo esto apunta a la necesidad inminente de concientizar a las autoridades acerca de la importancia de la formación de educadores en las áreas científicas y técnicas. En países en los cuales las instituciones de formación docente cuentan con una baja proporción de cursantes de estudios pedagógicos con especialización en matemáticas, física, química y biología deben encenderse las luces rojas de alarma por un futuro oscuro.

Solamente es concebible avanzar comprendiendo que la primera e ineludible necesidad para que florezca ese cultivo de las ciencias que conlleva numerosos aportes a la cultura es la formación de recursos humanos. Alcanzando una formación sólida desde temprana edad en campos de la ciencia, a la par de la necesaria formación civil y humanística, será posible aspirar al logro de niveles que permitan nutrir las universidades, los hospitales y las industrias de personal capacitado para alcanzar los niveles deseados de desarrollo y bienestar de la sociedad.

MIGUEL LAUFER
Director